

La Capilla siXtina

LA BARRETINA

El Príncipe don Juan Carlos ha recibido una barretina de manos de los representantes de los coros de Clavé. Es la segunda barretina que recibe el Régimen en un año. La primera le fue entregada a don Pio Cabanillas, la agitó al aire, se le hizo una fotografía y hubo más de un desmayo en la capital del reino. Es decir: en Tordesillas. Ahora, el Príncipe no la ha hecho revolotear como don Pio, pero la ha alzado y enseñado al público para que se viera. A ver qué pasa. No hay dos barretinas sin tres.

Los agoreros advierten síntomas de catástrofe por todas partes. Según parece, no sólo crece el marxismo entre nosotros, sino también el separatismo. Es más cómodo liquidar la cuestión bajo este punto de vista que plantearlo de una manera científica. Ha crecido la clase obrera española y reclama iniciativas excepcionalmente aplazadas durante demasiados años. Está en crisis todo centralismo y, sobre todo, en una realidad como la española, en la que ese centralismo ni siquiera ha sabido racionalizar el estatuto de interdependencia entre las partes. Ni ha servido para promocionar las "regiones atrasadas" ni para contentar a las "regiones desarrolladas". Todo ello agravado por una beata intolerancia hacia las culturas autóctonas.

Planteada así la cuestión, obliga a pensar. Planteada bajo fórmulas lingüísticas que lo quieren decir todo y no quieren decir nada, lo único que se consigue es multiplicar los ecos en las cavernas, mientras en el exterior los problemas siguen donde estaban y regidos por las leyes de una dinámica propia e irreversible, aunque de vez en cuando sufran atascos de décadas. Lo peligroso es que la restante geografía, la que no es Galicia o el País Vasco o los Países Catalanes, está recibiendo una deforma-

dora información sobre lo que es y representa la cuestión gallega, vasca o catalana. Se incubaba la idea de que son cuestiones artificiales, y en el caso de vascos y catalanes, cuestiones de "ricos" con ganas de complicar la vida a la nación, como si no se la complicara ya suficientemente la carestía de la vida. Así se explica, por ejemplo, la reacción que últimamente tienen buena parte de los públicos españoles ante las visitas del Barça. El insulto "perros catalanes", prácticamente sepultado desde la década de los cincuenta, ha vuelto a resonar en los estadios e incluso a ocupar espacio y tiempo en las pancartas, cuando aún no ha sido garabateado por algún niño imperial en el polvo de los coches viajeros con matrícula de Barcelona.

Y estas cuestiones no son artificiales. Están planteadas en todas las nacionalidades europeas complejas, y en casi todas ellas se va hacia la revisión racional de un pacto de interdependencias, frecuentemente fijado bajo la ley de las armas y mantenido, o bien por la fuerza o bien porque existían razones de interés mutuo que lo han prolongado. Tal es el caso de Gales o Escocia, que sólo han acentuado la revisión de su estatuto de dependencia a partir del momento en que se ha confirmado la crisis del Reino Unido. Si el problema se afronta con ganas de concordar y no con ganas de ratificar las razones de las propias narices, tiene solución racional en el marco de una profunda reforma de las reglas de convivencia. De lo contrario seguirán en aumento los insultos desaforados, las sensaciones de marginación y la necesidad del bálsamo de gestos oficiales más o menos afortunados y escasamente eficaces, como agitar en alto una barretina cada dos meses o ponerse una chapela cada año bisiestro.

SIXTO CAMARA

de lucha electoral, el actual presidente de la Junta ya ha anunciado que se presenta a la reelección, comunicación que no puede calificarse como de muy ortodoxa, si nos atenemos a las estrictas reglas del fair play electoralista.

Sea cual sea el resultado de la

convocatoria electoral, sea mucha o poca la buena fe oficialista que la va a conducir, lo indudable es que el despertar de un Colegio dormido es irreversible, y que la fiscalización de los inquietos puede turbar el sueño incluso de la Bella Durmiente del Bosque. ■ M. V. M.

BELLATERRA

Este no es mi claustro que me lo han cambiado

Del segundo Claustro General de la llamada Universidad Autónoma de Bellaterra se va a hablar largo y tendido. Empezó bajo el signo de la tensión y acabó bajo el de la distensión más absoluta. No era para menos. Los reunidos acaban de adquirir un compromiso responsable con lo que piensa y siente la calle en Cataluña, en una victoria de las posiciones democráticas sin precedentes en los últimos treinta y seis años de historia de la Universidad española. La tensión inicial se debió a que el rector dimitido, doctor Gandía, no aceptó el que se pudiera desarrollar el debate en catalán. Posteriormente reconoció que se había opuesto obedeciendo órdenes de la superioridad.

Algunos de los reunidos ya quisieron romper la baraja en este momento. Hubiera sido una lástima. A lo largo de todo un día, una mayoría democrática de profesores numerarios, no numerarios y alumnos irían fraguando un rosario de adhesiones, reclamaciones y peticiones que darían un carácter político especialísimo a un Claustro que parte de la prensa barcelonesa ha calificado de «histórico».

Tras el incidente del catalán, otro tira y afloja sobre quién decidía el orden del día, si el rector o el Pleno del Claustro. Un profesor le dijo al rector: «Le invito a que se convierta en nuestro rector representativo, y no en representante de la autoridad». El rector dimitido transigió tras una «consulta electoral», que demostró quién tenía la batalla ganada desde el principio: 84 votos a favor de un orden del día democrático, 16 en contra de un orden del día democrático y dos abstenciones. Esta proporción se mantuvo más o menos igual en las sucesivas votaciones. Se estuvo mayoritariamente de acuerdo en que la autonomía de la Universidad Autónoma fuese realmente autonomía. Y perdonen las reiteraciones, pero soy un ferviente creyente de aquella sentencia popular que dice: «Dime de que alardeas y te diré de lo que careces». También se abogó por la definitiva constitución de una Universidad balear que mereciera este nombre. Fueron imponiéndose los puntos de vista más progresivos en una serie de proposi-

ciones técnico-educativas. Pero fue por la tarde cuando en la segunda parte de la reunión se llegó a la hora de la verdad.

Se constituyó una comisión, compuesta por representantes de los numerarios, no numerarios, estudiantes, personal no docente y miembro del Patronato de la Autónoma, para elaborar unos Estatutos universitarios definitivos. Se acordó que una vez aceptada la dimisión del rector Gandía por el Ministerio, se reuniera el Claustro para elegir una terna, puesta a disposición de la definitiva elección ministerial. Todos los cronistas coinciden en que a continuación se hizo un silencio sepulcral cuando el profesor Rafael Jiménez de Parga defendió la propuesta de que el Claustro se solidarizase con la propuesta de Justicia y Paz de una amnistía política, repito, «amnistía», no confundan ustedes con indulto o indultillo, porque el profesor Jiménez de Parga insistió en que se pidiera amnistía, no indulto. «Los claustros —escribe el cronista de "El Correo Catalán"— rubricaron la propuesta con la más larga ovación del día». Las votaciones ratificaron la impresión producida por los aplausos: 87 votos a favor de la amnistía, cuatro en contra y cinco abstenciones.

Este bombazo fue seguido de otro. La ratificación de la proclama «Declaratió de Principis per una Universitat nova en una societat democràtica», en su día elaborada por una asamblea de profesores y estudiantes en una famosa Diada Universitaria (Jornada Universitaria) que hace dos semanas también dio que hablar y pensar.

Después, el Claustro se solidarizó con el Tercer Congreso Universitario Catalán, pidió la reapertura de la Universidad de Valladolid y de otras Universidades que permanecen cerradas, se leyó una carta de adhesión a la protesta de los profesores de Económicas por la entrada de la Policía de la Universidad y la agresión por ella perpetrada contra el catedrático Muns. Al final, todos estaban con los ojos brillantes y las mejillas enrojecidas, síntomas en su día homologados científicamente de «fiebre democrática». El catedrático Jordi Nadal agradeció al